

Portada

Ai Weiwei o Dam



Ai Weiwei



Damien Hirst



FERRAN
BARENBLIT
Director
del CA2M

El artista de los superlativos

Damien Hirst es un artista de superlativos. El «más rico», el «más admirado», el «más detestado»... Es también el más astuto, y la astucia no es mala. El personaje eclipsa al trabajo: serio, reflexivo, autoexigente. Sí, también es polémico, y la polémica no es tampoco mala. Aunque, claro, no todas sus obras son buenas. Dicen que su extraño matrimonio con

Saatchi, que duró doce años, empezó cuando le enseñó un boceto de un tiburón dividido en dos, a lo que el publicista contestó «*make it real*» («hazlo real»). No valía un dibujo, ni era suficiente una idea. Había que hacerlo.

Su gran acierto ha sido hacer grande lo que hace. También incorporar el mercado, moldearlo a su conveniencia y a la de su trabajo. Es sintomático que tanto él

como su compatriota David Beckham hayan optado por crear objetos que pulverizan su propio mercado gracias a su valor intrínseco: platino y diamantes, el artista; titanio y diamantes, el íntimo regalo que el futbolista hizo a su mujer. En el fondo, ambos objetos no son tan diferentes.

Que atraiga a los medios de comunicación, que todo lo que haga sea polémico

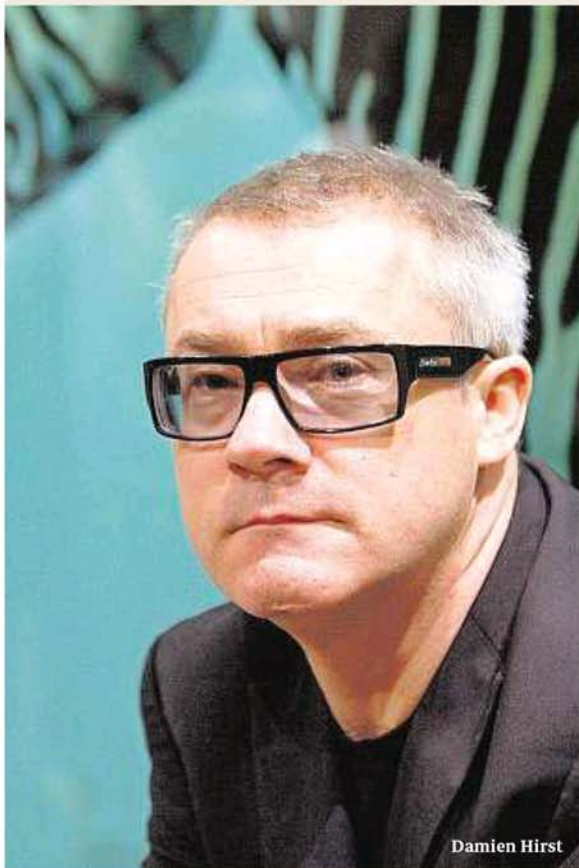
son al mismo tiempo anécdotas y también parte indisoluble de su obra. No, no es un provocador, aunque para llegar a esta conclusión hay que aplicar mucho aprecio a su trabajo.

Se ha dirigido al mayor y más grande enigma de la vida racional, la muerte. Y lo ha hecho forzando a sus espectadores a pensar, a cuestionarse y a cuestionarlo.

«Serio, reflexivo, autoexigente... También polémico. Pero la polémica, en sí misma, tampoco es mala»

ien Hirst

Pronto coincidirán en la programación los dos artistas más mediáticos del momento: Ai Weiwei en el *Jeu de Paume* y Damien Hirst en la Tate. Pero, ¿cuál es el favorito de la crítica?



Damien Hirst

El arte contemporáneo será mediático o no será. Sobre esto no hay variación posible, porque así vive muy cómodamente desde hace décadas -mucho antes de lo que nos podemos imaginar; incluso, mucho antes de que a Warhol le saliera el primer diente de leche y se le retorciera el colmillo de la divinidad- entre subidones y bajones en el mercado, filias y fobias entre críticos, *curators*, coleccionistas y otros especímenes de este mundanal mundo del arte al que le gusta revestirse de lujo para una fiesta con calaveras de diamantes por adorno y pipas de porcelana que se venden a precio de oro, aunque no haya quien las hinque el diente.

Solo cabe discutir sobre quién se alza con el cetro en el caprichoso *ranking* de cada temporada. Sí, cada temporada hay cambio de nombres dominantes, de planes y de tendencias. Damien Hirst fue el amo y señor hace unos años y cayó a los siguientes, sin mayores miramientos y como quien se precipita escaleras abajo. Así ha estado penando, a la sombra y con la calavera del ser o no ser en la mano, durante un buen tiempo. Ahora vuelve por sus fueros ante la gran exposición retrospectiva que le prepara la Tate Modern de Londres para el próximo mes de abril.

Fenómenos paranormales

Durante los largos meses en que Damien Hirst fue un «apestado» -tanto o más que su tiburón sumergido en formol-, saltó a la palestra Ai Weiwei. Artista chino y disidente con el régimen de su país, arrestado en última instancia y por los restos. ¿Para qué queremos más? El mercado, que es infiel por genética, que cambia de ídolo como si tal cosa y sin apenas dolor

de corazón (si acaso, de bolsillo), ha hecho de Ai Weiwei su más preciado objeto de deseo. Un mito en vida que goza de todos los parabienes y simpatías; que acude a todas la ferias (incluso a nuestra ARCO, donde el *stand* de una reputada galería vendía su obra), no de cuerpo presente, porque está detenido allá en su país, pero sí con materia prima (obra) para vender a los ávidos coleccionistas. Otra de las paradojas del gran mercado. La «omnipresencia» de Ai Weiwei en los últimos meses es uno de los fenómenos paranormales que merece un análisis profundo. Y no se sabe bien si para llorar o para reír ante la ironía.

Dos ases de la baraja

Hirst resucita de entre los muertos vivientes y Ai Weiwei, cuya vida ya ha merecido una película (*Ai Weiwei Never Sorry*), levanta todo el morbo del mundo y todas las cotizaciones. Ya tenemos servido el duelo mediático, y en este rifirrafe hemos pedido a diez críticos, *curators* y distintos agentes del arte (Ferran Barenblit, Javier Montes, Fernando Castro Flórez, Tania Pardo, Sergio Rubira, Anna Maria Guasch, Rafael Doctor, Bartomeu Mari, Juan Antonio Álvarez Reyes y Agustín Pérez Rubio) que pongan las cartas sobre la mesa. Que elijan entre estos dos ases de la baraja. Un duelo en las alturas del mercado y de los dictados del arte que no partía con un claro favorito, pero en el que ha ganado quizá el malo de la película, como lo define uno de los encuestados. El señor Damien Hirst. Seis votos a su favor y cuatro para Ai Weiwei. Todos tienen sus razones y, mientras se ajustan las cuentas, las exposiciones sobre su obra (en Londres y París, respectivamente) marcan la temporada.

LAURA REVUELTA

JAVIER MONTES
Crítico
y escritor

El menos malo

«Entre un mal y un mal menor prefiero elegir ninguno de los dos»: lo decía Karl Kraus, y me acuerdo de él cuando llegan preguntas de este estilo. El conceptual resultón y pseudo-político de Ai Weiwei es trivial, y hace mucho que el trabajo concreto y las obras de Damien Hirst ni siquiera le importan a él. En ese sentido, sin embargo,

quizá resulte el creador inglés más interesante desde un punto de vista histórico (y casi folclórico): es la culminación, junto con colegas como Jeff Koons o Murakami, de una tendencia que empezó quizá en el siglo XIX, con el Bello Brummel y la invención del dandismo.

Los dandis no producían otra obra que ellos mismos: lo único que ofrecían eran sus gestos, sus corbatas, su

decisión de asistir a una cena o declinar una fiesta. Y eso bastaba para magnetizar a un público cautivo y mesmerizado.

Durante todo el siglo XX, el desplazamiento del foco desde la obra al personaje ha tenido una tradición consistente. De una u otra forma, Duchamp, Dalí, Klein, Beuys o Warhol fueron artistas-dandis. Y su desenlace lógico en la era del

«Nadie como él ha sabido llevar hasta las últimas consecuencias la idea del marketing como una de las bellas artes»

postcapitalismo simbólico quizá ha sido el artista-franquicia y la transformación de la obra en logotipo de masas, ultrarrecognocible.

De esta manera, hay que reconocer a Hirst su habilidad: para bien o para mal, nadie como él ha sabido llevar hasta las últimas consecuencias esa idea del *marketing* considerado como una de las bellas artes.